

Autora *best seller* No. 1 de *The New York Times*

SHERRYL WOODS

*Un mar
de dudas*



Enamorarse de un guapo desconocido la misma mañana en que lo vio no era lo que había planeado Abby Miller para su regreso a Seaview Key. Abby había vuelto a su pueblo con la esperanza de recuperar viejas amistades y ayudar a crecer a una comunidad a la que amaba. Sin embargo, acababa de divorciarse y no estaba buscando pareja.

Seth Landry, un soldado retirado del servicio militar, encontró en Seaview Key el lugar perfecto para curar su destrozado corazón. Aunque no quería volver a correr riesgos en el amor, después de rescatar a una bella mujer de morir ahogada todos sus miedos desaparecieron.

Ni Abby ni Seth estaban buscando una relación para siempre, pero el amor, con todo su poder, tenía sus propios tiempos. Y el hecho de arriesgarse para construir un futuro en común puso a prueba el valor de la pareja de un modo que ninguno de los dos hubiera imaginado.

Capítulo 1

Abby se movió al sentir la inconfundible presión de los labios de un hombre sobre la boca, persuadiéndola, seduciéndola. El deseo que llevaba reprimiendo durante años se despertó con fuerza. No le importó que aquello fuera la realidad o un sueño. Se le aceleró el pulso. Hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido.

Suspiró cuando el hombre se retiró y, lentamente, abrió los ojos y se encontró con un desconocido empapado, desnudo de cintura para arriba, guapísimo. Estaba arrodillado en la arena, a su lado, con una expresión de asombro tan grande como la que debía de tener ella misma.

—Parece que se va a recuperar —dijo él, con la voz entrecortada y las mejillas enrojecidas.

—¿Cómo? —preguntó ella. No tenía nada de lo que recuperarse. De hecho, los dos últimos minutos habían sido espectaculares.

—Acabo de sacarla del agua —respondió él, mirándola con unos ojos muy azules y una expresión de angustia—. ¿No recuerda que empezó a hundirse y tuvo que pedir socorro?

De repente, al recordar cómo había perdido pie en la orilla del golfo de México por culpa de una ola, el pánico volvió a apoderarse de ella.

Con histeria, recordó que hacía unos años había estado a punto de ahogarse en aquellas mismas aguas. Después, los recuerdos desaparecieron y volvió a la dura realidad del presente. Había tenido que luchar por salir a la superficie,

que tratar de tomar aire, que pedir socorro a gritos. Se había atragantado con el agua antes mientras se hundía una y otra vez.

—Me estaba ahogando, como antes —susurró, temblando.

Desapareció el potente efecto de lo que había pensado que era un beso. Se dio cuenta de que le habían hecho una reanimación cardiopulmonar y se sintió avergonzada por haber pensado algo distinto. Se preguntó si habría intentado besarlo; le daba la horrible sensación de que sí. Tuvo un recuerdo muy poderoso de unas lenguas entrelazadas de una manera sorprendentemente sensual. Estaba mortificada, y le ardieron las mejillas.

Hacía unos años, en una situación similar, Luke Stevens la había salvado y se había convertido en su héroe. Después se habían hecho inseparables junto a su mejor amiga, Hannah, pero Luke y ella se habían hecho pareja hasta el día en que se separaron para ir a la universidad. Aunque ambos decían que estaban muy apenados, estaban decididos a no interponerse en el camino del otro, a no ser un obstáculo para sus sueños y sus esperanzas. Él quería ser médico, y ella... Ella quería destacar en cualquier cosa que la alejara de aquella vida en una isla sin salida.

Por muy inmaduros que fueran, sabían que lo suyo no podía durar para siempre. Y, aunque Luke y ella se habían separado deliberadamente, Hannah y ella se habían ido alejando la una de la otra, simplemente.

Resultaba irónico que, ahora, después de tanto tiempo, los tres hubieran vuelto a Seaview Key. Sin embargo, la situación era distinta; Luke y Hannah se habían casado, y ella era la tercera en discordia... o, al menos, lo sería si se pusiera en contacto con ellos. No sabía si quería ocupar el lugar al que se había visto relegada Hannah durante su adolescencia. La vida le había enseñado que ser testigo de la felicidad de otro podía ser increíblemente doloroso.

Además, por el momento se sentía bien estando sola, tomando de nuevo las riendas de su vida, aunque aquel día no hubiera sido precisamente un buen comienzo. Había aprendido a nadar antes que a andar, y le resultaba sorprendente haber sido tan inepta en el agua...

El hombre que estaba arrodillado junto a ella la observaba con preocupación.

—No sé si deberíamos llevarla a la clínica para que la examinen —dijo—. Parece que está un poco confusa.

Abby hizo un gesto negativo con la cabeza. Ir a la consulta del pueblo significaba volver a ver a Luke, y en unas circunstancias muy embarazosas.

—No, de verdad, estoy bien. Solo estoy un poco aturrida, creo. Se me pasará.

—Ha tragado mucha agua.

—Pero seguramente lo he expulsado casi todo, tosiedo —dijo ella, al recordarlo, y volvió a sentir vergüenza por el espectáculo que debía de haber dado.

—Me sentiría mejor si la viera el doctor Stevens. Tengo el coche ahí mismo, y puedo llevarla a la clínica en dos minutos.

—De veras, no —repitió Abby, con más firmeza.

Aquel no era el modo en que quería volver a ver a Luke, medio ahogada y hecha un desastre. Tenía su orgullo y, cuando se cruzara nuevamente con Hannah y con él, quería estar lo mejor posible. Necesitaba que supieran que había vuelto a casa por elección propia, no por necesidad.

—Vivo ahí mismo —dijo, señalando la casa en la que había vivido siempre con su familia.

El jardín estaba descuidado, y la casa necesitaba reformas. Aunque llevaba bastante tiempo pensando en su vuelta y había hecho varios viajes a la isla, solo hacía unos días que se había instalado allí permanentemente. Hasta aquel momento, solo se había encargado de limpiar bien el interior de la vivienda para que fuera habitable. El resto lo iría haciendo poco a poco. No sabía bien el motivo, pero esta-

ba empeñada en hacer el trabajo por sí misma. Tal vez fuese porque necesitaba volver a lo más básico, recordarse que algunos de los lujos a los que se había acostumbrado, en realidad, no importaban.

El hombre se puso de pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Entonces, voy a asegurarme de que llega a casa sana y salva. Puedo tomarle el pulso y auscultarla yo mismo. Tengo el equipo médico en el coche.

Abby lo miró con escepticismo. ¿Desde cuándo había dos médicos en Seaview Key, si el pueblo tenía tan pocos habitantes?

—¿Usted también es médico? —le preguntó.

—Paramédico —dijo él—. Me llamo Seth Landry. Trabajé en Irak con el doctor Stevens. Después de que me licenciaran, vine a hacerle una visita. Él me dijo que al pueblo le vendría bien tener un grupo voluntario de rescate, e hizo que me contrataran para organizarlo —explicó. Después, sonrió y añadió—: ¿Lo ve? Soy totalmente respetable. No estoy intentando ligar, ni nada por el estilo.

Pues era una pena, pensó Abby. Durante unos pocos minutos había vuelto a sentirse deseable, no como la mujer en la que se había convertido después de que su matrimonio le hubiera succionado la vida.

Seth la acompañó caminando por la arena de la playa hacia su casa.

En los escalones del porche, Abby se detuvo y lo miró. Le agradó que, aunque ella midiese un metro setenta y cinco centímetros, él fuera aún más alto. Debía de medir casi un metro ochenta y cinco.

—¿Lo ve? —le preguntó—. Estoy perfectamente. Le agradezco mucho que me haya sacado del agua.

—No tiene que agradecermelo. Pero, si es usted de la zona, debería saber que aquí la resaca es muy fuerte. Si no es buena nadadora, quédese más cerca de la orilla. No deje que le cubra más alto de las rodillas.

—Tiene razón. No volverá a suceder —dijo ella.

De hecho, se estremeció al pensar en lo que podía haberle sucedido.

—Nos vemos otro día —dijo él, y se despidió moviendo la mano mientras se alejaba y empezaba a correr por la playa.

Abby lo observó. Tenía los hombros musculosos, las caderas estrechas y las piernas largas. Era joven, y eso hacía que la chispa de atracción que había surgido entre ellos fuera todavía más interesante. Podía ser que todavía tuviera lo que hacía falta para llamar la atención de un hombre.

Por desgracia, el beso no había sido real. Una pena, porque Seth estaba hecho para despertar los sentidos de una bella durmiente. Los suyos, incluidos.

Hannah estaba sentada en el porche, mirando al mar, con una taza de café. Sonrió cuando su marido se acercó a ella y le besó la nuca. Después, él se sentó a su lado. Aquellos minutos que compartían al levantarse daban la pauta del resto del día. Le tomó la mano a Luke y entrelazó sus dedos con los de él.

—¿Qué tienes que hacer hoy? —le preguntó.

—Necesito hablar con Seth sobre un barco de rescate que he encontrado. He pensado en ir a verlo a Seaview Inn antes de abrir la clínica.

A ella le divirtió que tratara de hacerse el inocente.

—Buen intento. Los dos sabemos que quieres ir a la posada porque la abuela Jenny hace los bizcochos los miércoles. Así que hoy tendrá delicias que otros días no están en la carta.

Él sonrió sin arrepentimiento alguno.

—Me has pillado. Quería algún *muffin* de arándanos. ¿Y tú? ¿Qué tal va el libro?

Hannah se emocionó al pensarlo. Hacía un año era una ejecutiva ambiciosa y motivada que trabajaba en el sector

de las relaciones públicas en Nueva York. Ahora, sin embargo, vivía en medio de la tranquilidad de Seaview Key y escribía libros para niños. El primero iba a publicarse dentro de unos meses, y el segundo, seis meses después. Ya llevaba trabajando un par de meses en el tercero.

Sonrió.

—Hoy voy a darle los últimos retoques —le dijo a Luke, y frunció el ceño—. Bueno, por lo menos, eso creo. Estoy deseando que Kelsey y Jeff vuelvan al pueblo para que puedan leérselo a Isabella. Ella es mi crítica favorita.

—Bueno, pero ya sabes que todavía no ha cumplido un año —dijo Luke—. Quizá debieras llamar a mis niños. Ellos siempre tienen algún consejo sincero que darte. Y mi hija fue la primera en darse cuenta del talento que tienes. La cautivaste con tu historia cuando se rompió el brazo durante aquel traslado en barco. Se interesó tanto por la historia que se le olvidó el dolor. Le diste la mejor medicina posible antes de que consiguiéramos llegar a la costa.

Hannah se echó a reír.

—Eso no lo sé, pero tus hijos pueden ser demasiado sinceros algunas veces —dijo—. Me gusta cómo se ríen. Después de eso, puedo aceptar cualquier cosa que me digan.

Sus hijastros, que vivían en Atlanta con su madre y su nuevo marido, iban frecuentemente de visita a Seaview Key. Después de un comienzo un poco difícil, habían terminado por aceptar a Hannah y habían perdonado a su padre que se fuera a vivir tan lejos. Incluso habían aceptado el hecho de que él no había sido el causante del divorcio de sus padres, que era su madre la que había decidido rehacer su vida mientras su padre estaba sirviendo en el ejército en una zona de guerra.

Aunque fueran pequeños, ya habían aprendido que no servía de nada tratar de echar la culpa a uno u otro. Hannah pensó en la vida que había dejado atrás para volver a casa. Siempre había estado segura de que esa era la vida que

debía vivir. En realidad, echaba de menos algunas cosas de Nueva York. Poder pedir cualquier tipo de comida a medianoche, por ejemplo. A su mejor amiga. Pero, aparte de eso... Vivía en una casa que Luke y ella habían comprado recientemente, y ya le parecía más su hogar que el apartamento que siempre había tenido en Nueva York, incluso cuando su hija Kelsey llenaba el espacio de cosas y de ruido. En cuanto a su matrimonio... El mero hecho de estar con Luke un día normal y corriente superaba con creces lo que había vivido con el padre de Kelsey que, aunque era un hombre agradable, siempre había sido el hombre menos indicado para ella. Tanto para el matrimonio, como para la paternidad.

—Soy más feliz de lo que nunca hubiera pensado —le dijo a Luke, con sinceridad.

Luke la observó con cierta preocupación.

—Entonces, ¿por qué tienes el ceño fruncido?

—No estoy frunciendo el ceño —respondió ella. No era posible que estuviera disimulando tan mal sus sentimientos.

—¿Es porque pronto tienes otra revisión del cáncer? —insistió él—. Sabes que va a salir bien, Hannah. Yo lo sé. Los resultados van a ser perfectos.

—Yo también quiero creerlo, pero, a veces, siento pánico.

—¿Por qué?

Ella hizo un gesto con el que abarcó todo lo que les rodeaba.

—Por esto —dijo—. Por ti, por Kelsey, por Jeff y por mi nieta. Y por la abuela Jenny que, para su edad, tiene una salud de hierro. Es todo tan maravilloso... Más de lo que nunca hubiera esperado.

Él la miró comprensivamente.

—Y tienes miedo de que todo sea demasiado bueno para ser cierto, ¿no? Es como si te lo fueran a quitar.

—Algunas veces, sí.

Luke le apretó la mano.

—Ni hablar, cariño. Tú y yo, y todo lo demás, es para siempre.

—Qué seguro estás —dijo ella, con envidia.

—Estoy seguro, sí. Y espero que, un día de estos, tú estés segura también.

Hannah también lo deseaba. Quería vivir con el mismo optimismo que su marido, pero no podía liberarse de las dudas. Había pasado demasiados años enfrentándose a retos sin pensar en lo bueno de la vida. Si no conseguía liberarse de las dudas, en parte, porque su madre había muerto de cáncer pocos meses después de que ella conociera su propio diagnóstico. Por supuesto, ella se había curado, pero sabía que las cosas podían cambiar en un instante. En cuanto empezara a sentir confianza y a dar por sentada aquella vida maravillosa, el destino podía dar un giro caprichoso y arrebatarla.

Después de salir a correr y darse una buena ducha, Seth entró en la cocina de Seaview Inn y se encontró a la dueña de la posada sentada a la mesa, con una taza de café, revisando recetas de cocina. Había unos *muffins* de arándanos en el horno, y el aroma había inundado toda la cocina. Los que ya habían salido del horno estaban enfriándose sobre una rejilla, y Seth se fijó en que faltaba uno de la hornada. Sonrió. Estaba seguro de que Luke había pasado por allí.

—¿Qué festín vas a preparar para esta noche? —le preguntó a la abuela Jenny, señalando las recetas que ella estaba hojeando.

La abuela Jenny alzó la vista y se echó a reír.

—Todavía no lo sé. Cuando me aburro de preparar siempre lo mismo, saco el libro de recetas de mi madre y busco inspiración —respondió. Después, miró a Seth con severidad—. Me estaba preguntando cuándo ibas a aparecer. El servicio de desayuno terminó hace una hora.

Seth se inclinó y le dio un beso en la frente.

—¿Puedo comerme uno de esos *muffins* y unos huevos revueltos, si me los preparo yo?

—¿Y volver a ensuciar la cocina, después de que la haya limpiado? —le preguntó ella—. No, de eso, nada. Esta mañana voy a hacer una excepción y voy a prepararte yo los huevos revueltos. ¿Te apetecen con un poco de queso?

Aquel era su ritual de todas las mañanas. La abuela Jenny, que era la suegra del doctor Stevens, fingía que le molestaba que él se saltara el horario de la posada y, después, se aseguraba de que saliera de allí con el estómago bien lleno. Se había dado cuenta de que se convertía en una figura maternal para cualquiera que pasara por allí, fuese o no fuese de la familia.

—Antes ha venido Luke a preguntar por ti —dijo ella.

Seth se rio.

—¿Seguro que no ha venido por los *muffins*? Me he dado cuenta de que siempre aparece los miércoles por la mañana.

—Bueno, por supuesto que sí, pero también fue muy convincente diciendo que necesitaba hablar contigo enseguida. Quiere que pases por la clínica. Dice que ha localizado un barco de rescate que podría valer para llevar a la gente desde la isla a la costa, al hospital.

Aquello era una buena noticia, pensó Seth.

—Justo lo que necesitamos —dijo, mientras la abuela Jenny le ponía un plato de huevos revueltos delante, con uno de los *muffins* recién hechos—. En cuanto termine de desayunar me voy a la clínica. Después, tengo que empezar a buscar casa. No puedo pasarme toda la vida en una de tus habitaciones de huéspedes, sobre todo, teniendo en cuenta que no me dejas pagar el alojamiento.

Ella se quedó desilusionada.

—No hay ninguna prisa para eso —dijo, tratando de convencerle de lo contrario—. Estamos en temporada baja, y la posada no está completa, así que no me está costando

ni un centavo tenerte aquí. Y, como mi bisnieta, su marido y su hija están de vacaciones, agradezco la compañía, para ser sincera.

Sin embargo, en cuanto lo reconoció, frunció el ceño.

—No vayas corriendo a decírselo a Hannah, o empezará otra vez a decirme que me vaya a una residencia de la costa para estar bien atendida, aunque yo ya le he explicado que ese tema está cerrado para siempre.

—La posada no sería lo mismo sin ti —le dijo Seth.

Al oírlo, a ella le brillaron los ojos.

—Tonterías, pero gracias por decirlo. Mi bisnieta lleva la posada mucho mejor de lo que yo lo haya hecho nunca. Kelsey y Jeff hacen el noventa por ciento del trabajo. Incluso tenemos página web, por el amor de Dios. Yo solo tengo que figurar un poco. A algunos de nuestros clientes de siempre les gusta ver que sigo viva y coleando.

Seth se echó a reír. Lo que estaba diciendo la abuela Jenny no era cierto. Ella era el corazón de Seaview Inn. Kelsey había heredado su amor por aquel pequeño hotel en primera línea de playa, pero la abuela Jenny sabía hacer que la gente se sintiera bien recibida. Lo había hecho con él cuando, después de que lo contrataran, se había empeñado en que dejara la habitación de invitados de Luke y Hannah y se alojara en la posada. Desde que había llegado allí, hacía dos meses, Jenny lo había convertido en un miembro más de la familia, del mismo modo que hacía con el resto de sus huéspedes. Él tenía muy pocos familiares, y le resultaba maravilloso estar entre gente que lo trataba como si fuera uno más.

Teniendo en cuenta que la relación que tenía con sus hermanas no era la mejor, porque ellas llevaban peleándose por la herencia desde que habían muerto sus padres, aquello era un cambio gratificante.

—Esta mañana has vuelto más tarde que otros días. ¿Ha ocurrido algo durante tu carrera? —le preguntó la abuela Jenny, con curiosidad.

—Pues sí. He conocido a una mujer en la playa.

A ella se le iluminaron los ojos.

—¿De verdad? Pues eso es justo lo que necesitabas.

—No es lo que crees —dijo él.

Aunque, a decir verdad, había sentido atracción por aquella desconocida mientras notaba sus labios bajo los de él. Era muy poco profesional por su parte el hecho de haber tenido aquella reacción, y se ruborizó.

—No me digas que no es lo que creo —replicó la abuela Jenny—. Porque te has puesto como un tomate.

—La mujer tenía problemas para salir del agua —le explicó él—. No hacía pie y se estaba hundiendo. Yo la rescaté y la llevé a la orilla. Eso es todo, un rescate rutinario.

—¿Y está bien? —preguntó la abuela Jenny, con preocupación.

—Me pareció que sí. No permitió que la llevara a la clínica ni que le hiciera un reconocimiento. A decir verdad, parecía que estaba avergonzada. La acompañé a casa y, cuando llegamos, me dio la impresión de que estaba bien.

—¿Quién era?

—No me dijo su nombre.

—Vaya. ¿Acaso siempre dejas a las mujeres atractivas que se despidan sin decirte cómo se llaman? ¿Qué voy a hacer contigo?

Seth se echó a reír.

—Yo no he dicho que fuera atractiva.

—No lo has dicho con palabras, pero yo lo he notado. ¿Dónde vive?

—En esa casa de Blue Heron Cove, aunque su casa no es como las enormes mansiones que supuestamente van a construir en esa zona los próximos meses. Es una casa de las de siempre.

—Abby Dawson —dijo la abuela Jenny, con asombro—. ¿Pelo oscuro y ojos verdes?

—Sí —dijo Seth, y recordó que le brillaban los ojos como dos pedazos de jade.

—¿Y qué estará haciendo aquí? Lo último que supe de ella era que vivía en Pensacola, o cerca de allí. Se me ha olvidado su apellido de casada. Creo que era Miller, o algo así.

—Puede que haya venido de visita. ¿Es que tiene algo de raro que haya vuelto? —preguntó él. Terminó el último pedazo de *muffin* y apartó el plato para concentrarse en lo que tuviera que decir la abuela Jenny.

—No, supongo que no —respondió ella, aunque la preocupación no desapareció de su rostro.

—No se te da bien mentir. Tú me escuchas cuando te cuento todos mis problemas. Ahora me toca devolverte el favor. ¿Qué es lo que te preocupa de que haya vuelto Abby Dawson?

—Bueno, es que cuando eran adolescentes, Luke y ella eran inseparables. Él estaba loco por esa chica. Luke la salvó de que se ahogara. ¿Te lo contó?

—No, pero dijo algo sobre que no era la primera vez que tenía problemas en el agua. ¿Luke la salvó?

—Sí, y se enamoró de ella a primera vista —dijo la abuela Jenny.

—Pensaba que salía con Hannah en aquel entonces —dijo Seth, que estaba empezando a comprender su preocupación.

—Sí, pero como amigos. Estaban juntos los tres, noche y día, pero Hannah era la tercera en discordia. Para ser justos con Abby, no era una de esas chicas que abandonan a su mejor amiga cuando empiezan a salir con un chico. Aunque, a lo mejor, así las cosas habrían sido más fáciles para ella.

—¿Por qué?

—Porque Hannah estuvo enamorada de él durante años.

—¿Y Abby lo sabía?

—No lo sé a ciencia cierta, pero siguieron siendo muy amigas. ¿Acaso las chicas no se lo cuentan todo unas a

otras cuando tienen esa edad?

Él cabeceó.

—Tengo dos hermanas, pero el funcionamiento de su cabeza es un misterio para mí.

—Bueno, para mí fue difícil verlo. Era obvio que Hannah estaba sufriendo, pero intentaba comportarse como si no le importara que Luke y Abby estuvieran saliendo. Ellos no tenían la culpa. Eran unos buenos chicos, y Hannah y Luke nunca habían salido juntos. Dudo que Luke se hubiera fijado en Hannah antes de conocer a Abby. Después, los tres se pasaban el día aquí. Algunas veces, me preguntaba si Abby no se esforzaba en ser lo más agradable posible porque sabía que Hannah lo pasaba mal y se sentía culpable por ello.

—En ese caso, no creo que Abby quiera recuperar su relación con Luke —dijo Seth—. ¿Crees que habrá vuelto solo para causarles problemas?

—No tengo ni idea de por qué ha vuelto —dijo la abuela Jenny, y suspiró—. Espero que solo haya venido de visita, pero, si no...

—Vamos —protestó Seth—. Luke y Hannah han formado una pareja sólida. Nunca he visto a dos personas más enamoradas. Y has dicho que la tal Abby estaba casada.

—Eso es lo que me dijeron. Pero su presencia en la isla puede despertar recuerdos, buenos y malos —respondió ella, y se levantó—. Será mejor que avise a Hannah.

—Pues yo creo que deberías dejar las cosas como están —le sugirió Seth, aunque en realidad, él no sabía nada de relaciones maritales. La única relación seria que había tenido terminó de forma trágica y, antes de eso, era demasiado apasionada como para pensar en otras cosas. No había ninguna cuestión peliaguda que resolver.

—Que sepamos, esta mujer podría marcharse mañana mismo. Si se lo cuentas a Hannah, la vas a preocupar sin motivo. Además, no sabemos con certeza si la mujer con la que he estado esta mañana era Abby Dawson.